

CAPÍTULO IX

El barbero.

Parece mentira que siendo como somos de la misma raza portugueses y españoles, existan diferencias radicalísimas entre ellos y nosotros.

Puede asegurarse que no nos parecemos en nada, como no sea en la inmoralidad político-administrativa. Aquí como allí, un ministro es un ser que se dedica á hacer su negocio, á colocar á sus parientes, á proteger á sus yernos y á llenar de perifollos á sus cuñadas.

En lo que diferimos esencialmente es en el ramo de barberos. El barbero español nos aturde con su verbosidad mientras nos afeita; el barbero lusitano es una tumba cercada de cipreses.

Á mí me afeita un joven lánguido, que parece víctima de una pasión no correspondida.

Cuando entro en su casa, el hombre me recibe con una inclinación de cabeza que no puede llamarse saludo ni manifestación de desagrado, sino una cosa así como un triste deber.

—Buenos días, maestro—digo yo al sentarme.

—¡Oh señor Tabuada!—contesta él con su imperturbabilidad característica.

Después sacude el paño blanco que le sirve para envolver á sus víctimas mientras las afeita; viene hacia mi con majestad digna de mejor causa y me envuelve sin despegar los labios. Por último, coge el instrumento del martirio y lo afila en silencio.

Entretanto, yo lo miro con cierta angustia, creyendo que aquel hombre fúnebre medita algún crimen.

—¿Irá á matarme?—me pregunto mentalmente.

El prueba la navaja dos ó tres veces en la uña del dedo gordo, después la coloca al alcance de la mano sobre la mesa, y apoderándose de la brocha, empapada en agua fría, me la pasa por el rostro hasta doscientas cincuenta y cuatro veces.

No me atrevo á decirle que se apresure por no provocar su enojo. Cuando se ha cansado

de dar jabón, coge la navaja y la esgrime sobre mi fisonomía, sin salir de su paso reposadísimo y parsimonioso.

Yo me acongojo, porque el silencio es cosa



que me lleva á pensar en la muerte, y procuro alejar de mi imaginación las ideas tristes, excitando la verbosidad de aquel hombre de hielo. ¡Vano propósito!

—Hoy hace mucho calor—le digo.

—*Muito*—contesta él, colocándose el dedo gordo sobre la nariz para afeitarme á su gusto.

Siento que me falta la respiración, pero me aguanto.

Cuando puedo volver á hablar, pregunto á mi hombre:

—¿Es usted casado?

—Hum.....—dice él.

Conozco entonces que no le gusta hablar de sus intimidades domésticas y las respeto.

—No me pase usted la navaja más que una vez—me atrevo á advertirle.

Él se calla y continúa afeitándose sin hacerme caso. Algunas veces me corta, pero yo sufro la agresión y no lanzo un solo quejido. ¡Aquella seriedad suya me infunde pavor!

Una vez noté con asombro que dejaba sin afeitarme el sitio destinado á la perilla. Me estremecí.

—¿Irá á dejarme perilla militar?.....-- dije para mí sayo.

Me la dejó efectivamente, sin que yo pudiera impedirlo, porque al manifestarle mi deseo de vivir como hasta ahora, libre de toda perilla, él frunció el labio con cierta expresión de supremo desdén, y dijo sentenciosamente:

—*O senhor nao sabe d' isto.*

Y tuve que andar de perilla durante dos ó tres horas, hasta que fuí á ver á otro artífice

cabelludo, y le pedí cariñosamente que me quitara aquellos pelos.

—*Nao pode ser*—me contestó con acento solemne.

—¿Por qué razón?

—*Porque o senhor ten seu caballeireiro* (peluquero) *propio é eu nao so prato de segunda mesa.*

Entre un amigo y un mozo del Casino español me quitaron la perilla con un cortaplumas, pues allí no encontré un barbero que quisiera mancillar la obra de su colega, y ahora es posible que ninguno me dispense la honra de afeitarme.

Porque el barbero lusitano es un ser superior, todo severidad y orgullo, que cuando afeita parece que otorga un señaladísimo obsequio, y ni toca la guitarra, ni sonríe, ni entretiene al parroquiano con su amena conversación, como suelen hacer nuestros compatriotas.

El barbero portugués más bien parece por su parsimonia un ministro del Tribunal de Cuentas ó un escribano de actuaciones.

Yo pregunté á un barbero de Oporto en cierta ocasión:

—¿Es usted casado?

—Sí — contestó orgullosamente. — Casado con una señora principal.

—¿Y tienen ustedes familia?

—De ninguna manera—dijo con cierto aire de persona ofendida.—Yo no falto á mi dignidad de peluquero por nada de este mundo.

En fin, tengo entendido que en algunas poblaciones de Portugal, los que quieren afeitarse tienen que presentar en la peluquería una instancia escrita en papel sellado, y una certificación de buena conducta firmada por el alcalde.

Y aun así, hay barbero que la decreta en los siguientes términos:

—No ha lugar. Que se afeite solo.

Ahora se indica para presidente del Casino Mondego—la crema de la aristocracia, como quien dice,—á un barbero que está condecorado con la Cruz de Cristo, y es Par del Reino por derecho propio.

Tanto, que yo me voy á dejar la barba.



CAPITULO X

Lo característico.

Entre el carácter español y el portugués existe notable diferencia. Nosotros somos alegres, ligeros, habladores, aficionados á la discusión y propensos á la ira; ellos por el contrario tienen un temperamento tranquilo, hablan poco, discuten menos y se distinguen por sus formas corteses, pero en más de una ocasión nos ponen los nervios de punta.

Va usted á comprar un paraguas, por ejemplo, y pregunta al comerciante:

—¿Tiene usted paraguas?

—Sí, señor—dice él, haciendo una reverencia.

—Pues necesito uno.

—¿De seda?—replica el comerciante acercándose al mostrador.

—De seda.

Lo natural sería que el hombre cogiese el paraguas solicitado y se lo presentase á usted. Pues no, señor; lo que hace es sacar del bolsillo una cajetilla, escoger un pitillo, romperlo, vaciarlo en la palma de la mano, sacar un li-



brillo, elegir una hoja, verter en ella el tabaco y ponerse á hacer un cigarrillo con toda la calma del mundo.

Usted, entre tanto, se pasea por allí dando señales de impaciencia, pero él continúa imperturbable su operación, hasta que pasados cinco

minutos enciende el cigarro, le da dos chupadas y vuelve á preguntar:

—Con que ¿de seda?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

El hombre coge una escalera que apoya en la anaquelera; sube con la misma dignidad que subió María Antonieta las gradas del caldoso, y desciende al fin trayendo en la diestra el paquete de los paraguas, y en la siniestra el pitillo histórico.

Con gran parsimonia desata el nudo del paquete, separa el papel, se detiene algunos momentos para dar una chupada al pitillo, suspira, coge un plumero y limpia el primer paraguas, después el segundo, después el tercero y así sucesivamente hasta doce. Acto seguido le quita el papel al paraguas número uno y se lo presenta á usted, diciendo:

—Aquí está.

—Pero éste no es de seda—exclama usted sorprendido.

—No, señor—replica él con mucha calma.

—Yo lo quiero de seda—vuelve usted á decir.

—Ya lo sé—contesta él.

—Pues sáquele usted.

—¿Cómo quiere usted que se lo saque si no le tengo?

—Acabáramos.

Y sale usted de la tienda furioso, mientras él se queda tan tranquilo, liando de nuevo los paquetes y murmurando:

—¡Jesús! ¡Qué carácter más vivo tienen estos españoles!

Yo tuve una criada portuguesa que se levantaba á las cinco en punto para hacer el almuerzo que habíamos de comer á las doce.

Entre nueve y diez le preguntábamos:

—¿Cómo va eso?

Y ella nos contestaba con la mayor tranquilidad del mundo:

—Estoy pelando la segunda patata.

En fin, que nunca almorzábamos menos de las dos y media.

*
* *

No ha variado el temperamento de nuestros vecinos los portugueses. Continúan siendo amables, finos y discretos; pero calmosos hasta un punto inconcebible. No se dan prisa nunca ni salen de su paso por nada de este

mundo. Llama usted á un mozo de cordel y le dice:

—Lleve usted este baúl corriendo á la estación.

—*Pronto*—contesta el aludido.

Y lo primero que hace es sacar un cigarro, encenderlo, arremangarse los puños de la camisa..... y sentarse sobre el baúl.

Una vez tuve que llamar á un cerrajero para que desarmase una cama, y el hombre estuvo preparando las herramientas durante media hora. Después se puso á trabajar con una calma que ponía los nervios de punta. Déjéle á solas con su operación, para no perder la paciencia; de pronto cesaron los golpes del martillo.

—¿Se habrá marchado sin despedirse?—pensé yo, y me dirigí de nuevo á la alcoba.

Allí estaba el hombre, sentado en el suelo y con la cabeza apoyada en la cama.

—¿Qué hace usted?—le dije.

Pero el hombre no me contestó. Se había quedado dormido profundamente.

Conocí un cocinero de una fonda que mataba las gallinas por el procedimiento de la convicción. Primero las desplumaba el cuello con calma estoica; después afilaba el cuchillo tran-

quilamente, y por último se ponía á serrar la epidermis de su víctima, como quien hace tapones para botellas, hasta que las gallinas se morían solas espontáneamente, porque decían para sí:

—Vaya, no hay más remedio que fallecer, porque si esperamos que nos mate este hombre, ya estamos frescas.

La quietud y la perseverancia son las virtudes salientes de aquellos honrados vecinos.

Hay un hombre allí que desde el primer año que llegué está empeñado en venderme una guitarra.

—Yo no toco—le dije.

Pero él no se conforma con mi razón poderosísima, y todas las tardes va á mi casa con el instrumento metido en una funda.

—Señorito, ahí está el de la guitarra—grita la doméstica.

—Ya le he dicho que no toco.

—No importa—contesta él sentándose en la escalera; y allí se está hasta que cerramos el portal.

Al día siguiente torna á presentarse, y así seguirá hasta que yo abandone la población ó me muera.

Todo el que baja ó sube tropieza con el su-

jeto; y está tan acostumbrado á los pisotones, que ya no se queja, y lo más que hace es decir:

—*Nao se molesten. Eu esto aqui pra vender á guitarra.*



Y no me va á quedar otro remedio más que comprársela ó asesinarle detrás de la puerta.



CAPÍTULO XI.

Ciencias, historia, arte, etc.

Quien no ha visto Coimbra, yendo á Portugal, se expone á que le anatematicen los portugueses; y á fe que la ciudad bien merece los honores de una visita. Yo estuve en la Atenas lusitana en compañía de un filólogo que es á la vez arqueólogo y bacteriólogo y casado en terceras nupcias con la criada.

— *Va vosa excelencia á ver una de las primeiras maravillas de este mundo y parte do outro*—me dijo en lengua mitad portuguesa, mitad española.

Y allá me trasladé con mi acompañante, hombre fino si los hay, que cuando saluda parece que se va á romper por abajo, y tiene la costumbre de agarrarse á los botones de su interlocutor siempre que se lanza por el campo amenade la ciencia ó de la historia.

Tomamos el tren, arrellanámonos en nuestros asientos respectivos, y..... ¡á Coimbra!

Mi mentor, que entre otras bellas cualidades posee la de llamarse Palmiro, iba señalándome con el dedo las innúmeras bellezas de que está salpicado el país. Aquí un bosque frondoso, allá un puentecillo rústico, más allá una casita rodeada de madreSelva; en la colina el cordero triscador, en la llanura el conejo inocente y asustadizo; ora la pintada, aveCilla, ora el repollo.....

—¡Qué hermoso país!—decía yo.

—Gracias—contestaba él, como si la belleza del país fuese obra suya hecha en casa.

Al llegar á Coimbra, Palmiro se apeó del carruaje, dióme la mano galantemente para ayudarme á descender, y colocándose á mi lado, me dijo:

—*Agora va vosa excelencia á ver cousa boa.*

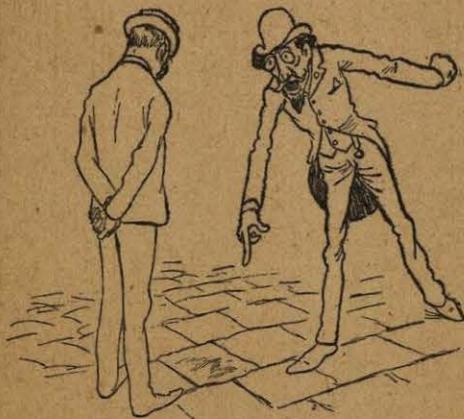
Y entramos en la ciudad, que es, ciertamente, una de las más dignas de ser visitadas y que encierra hermosos monumentos, recuerdos históricos de inestimable valor y un excelente Jardín Botánico que para Madrid lo quisiéramos.

Á mi *cicerone* todo se le volvía poner los ojos en blanco, arquear las cejas y decirme con

un acento que rebosaba admiración profunda:

—*¡Isto é una belleza!*

Visitamos la Universidad, notable por más de un concepto; la biblioteca, el museo de historia natural, el seminario y otros edificios



suntuosos, y fuimos, por último, á un antiguo palacio, extramuros de la ciudad, donde Palmiro, con el semblante descompuesto y la voz entrecortada por la ternura, me dijo:

—*Aquí, sobre esta pedra, morreu á rainha santa.*

—¿La reina santa?

—*Sí; á desgraçadísima doña Inés de Castro, assassinada pelo seu marido.*

—¡Oh!—exclamé cubriéndome el rostro con las manos, como las damas jóvenes cuando las dicen que están deshonradas y van á ser pasto de la murmuración y el dolo.

Palmiro me cogió por la muñeca, y acercándose al sitio en que exhaló su último aliento la soberana infelice, murmuró tristemente:

—*He aquí la sangre do víctima. Huela usted.*

Efectivamente; sobre la dura piedra se señalaban algunas gotas color de chocolate barato, que habían sido respetadas por los siglos.

Palmiro entonces me hizo una relación detallada del crimen, tal y como ocurrió. Diríase que lo había presenciado él, á juzgar por la suma de detalles aportados al proceso.

—*Aquí estaba o rey con á sua cabeza reclinada contra o muro; allí á rainha fazendo media, sin saber o que lle iba á pasar. De pronto o rey sacou una faca..... ¡horror! é meteu á faca hasta nove veces no coração de doña Inés. Ista començou á chorar é á pedir socorro; mais nao acudiu ninguen, é á coitadinha deu as boqueadas no maior dos desconsolos.....*

Era de ver la cara de Palmiro cuando se remontaba á otras edades. En él descubriase al

hombre superior, que escudriña infolios y atesora datos para traer á las generaciones actuales la idea exacta de lo que sucedió en este mundo hace la friolera de siete siglos y medio.

¡Qué grande me resultaba Palmiro cuando de pie, ante un especie de columna mingitoria, situada en el rincón de una calle, me decía, henchido de santo amor á los tiempos pasados:

—Este es un *monolito* de la Edad Media ó medioeval, ó entreverada, según algunos historiadores. Este *monolito*, ó séase mojón, servía para que apoyaran en él la cabeza los condenados á reclusión temporal. ¡Qué tiempos aquellos! Yo conozco todos estos detalles porque he consagrado mi vida entera al estudio é investigación de las *cosas que fueron.....* Y de aquí que hoy pertenezca á la Sociedad de Arcades Romanos de Oporto; á la Económica de Benicarló y á la indo-latina de Viana de Castelo. Además soy socio correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Puente Cesures.

Mientras me daba cuenta de sus títulos y honores, conquistados á costa de grandes sacrificios, mi *cicerone* sudaba á chorros, como cualquier mozo de cuerda; y al desabrocharse la camisa para secarse el jugo científico que le

corría por el seno, pude ver la medalla de académico de la Historia de nuestro país con domicilio en Cascaes, que lleva perpetuamente colgada al pescuezo, á guisa de escapulario. Como él es feo y algo peludo y además tiene la nariz partida por gala en dos, más que filólogo y arqueólogo y bacteriólogo y Palmireólogo, me pareció un perro de los que pagan contribución al Municipio de Madrid y usan medalla á todo pasto.

Terminada nuestra visita, regresamos á Figueira, y Palmiro, aprovechándose de mi inacción, vino dándome por el camino una lata histórico-filosófica sobre Coimbra y sus hijos más preclaros.

—De Coimbra salieron dos grandes capitanes—decía él,—uno más grande que otro, pero grandes ambos; salieron además un arzobispo, dos historiadores, tres teólogos y cinco coristas de ambos sexos. Coimbra es la patria de un poeta romántico, que murió de una angina catarral, descuidada por su familia.....

Y en estas y en las otras, llegamos á Figueira, donde esperaba á Palmiro su esposa y excriada, la cual vino á interrumpir las lucubraciones científicas de Palmiro, dándole dos ó tres puñetazos en la rabadilla y diciéndole:

—¿De dónde vienes tú, grandísimo pícaro? ¿De alguna *pandiga* (juerga)? Anda para casa, mal hombre, y déjate de infundios históricos,



que lo primero es cuidar de tu mujer, que la tienes abandonada.

Todo esto dicho en correcto portugués y adornado con cachetes más ó menos filológicos.



CAPÍTULO XII

Los fondistas.

Los españoles que acuden á veranear á Portugal se reúnen todos los días en la playa, formando un grupo compacto y cariñoso. En tierra extranjera se hacen firmes é inquebrantables los lazos del patriotismo y desaparecen muchas fórmulas ridículas de la sociedad. Yo ya me tuteo con un escribano de Castuera y con dos curas, uno rubio y otro moreno, de la provincia de Guadalajara á quienes conocí en Espinho.

Reina tal confianza entre nosotros que no tenemos inconveniente en comunicarnos todos nuestros secretos, y á lo mejor viene el escribano y después de remangarse el pantalón, me dice:

—Luisín, ten la bondad de verme esta pier-
na. ¿No notas un bultito obscuro junto á la ro-

dilla? ¿Será un grano, ó una distensión de los tendones?

—Yo de piernas entiendo poco—le contesto.

—Pues entonces se la voy á enseñar á otro compatriota cualquiera. Ante todo la confianza.

Este escribano me ha referido sus sufrimientos en la fonda donde reside todos los veranos. Aparte la alimentación, que sabe á sebo, y las camas, que parecen de cemento romano por lo duras, tiene que soportar al dueño de la fonda, que es hombre iracundo y déspota.

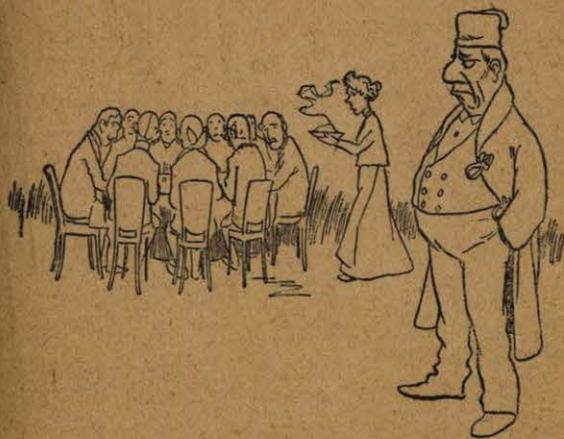
—¿Saben ustedes á qué hora se almuerza aquí?—dice presentándose en el comedor con un cacillo en una mano y una sopera en la otra.—Pues á las once en punto, y el que no esté á las once ¡se fastidia!

Los huéspedes le han cogido tal miedo, que ninguno se atreve á rechistar. Nadie allí levanta una voz más alta que otra, y cuando sabe que un huésped se lamenta de que está pegado el arroz ó que el lenguado huele á demonios, aparece el dueño de la fonda con los pelos en desorden y la mirada revuelta, y encarándose con el aludido le pregunta:

—¿Quién se ha quejado de mi arroz? ¿Quién le ha puesto defectos á mi lenguado? ¿Quién?

—Nadie—contestan todos los huéspedes fingiendo sonreír.

En una ocasión el irascible fondista entró en el comedor diciendo:



—Esta tarde comerán ustedes á las tres y media, en vez de las siete.

—¡Hombre, á las tres y media!—se atrevió á exclamar uno de los huéspedes.

—En punto; y el que llegue después, no come.

—¿Por qué?

—Porque mi esposa y yo queremos ver el

baile infantil que se celebra esta tarde en la plaza Nueva.

—¿Van ustedes á bailar?—preguntó uno tímidamente.

—Vamos á lo que á ustedes no les importa.

—Bueno; no hay que enfadarse.

Y no ha habido más remedio que comer á la hora marcada por el fondista; y sucedió que los huéspedes no podían tragar el alimento, porque éste tropezaba con el que acababan de ingerir momentos antes. Querían tragar un poco de carne, por ejemplo, y la carne encontraba el camino obstruido por una pera procedente del almuerzo.

—¿Qué ocurre?—preguntaba el fondista al ver que se le atragantaban los huéspedes.

—Que estamos obstruidos—decían ellos.

—Pues en mi casa se come así, ó no se come de ninguna manera.

Para que á un huésped le sirvan huevos fritos en vez de la tortilla consuetudinaria y seca como una esponja, que allí se usa, tiene necesidad de buscar una recomendación para el fondista ó arrodillarse delante de él con las manos en cruz.

—¡Señor Simpliciano! ¡Por la Virgen Santísima! ¡Que me pongan huevos fritos! Se lo rue-

go por el alma de su señora madre, que esté en la gloria.

Algunas veces ni aun con los ruegos se ablanda aquel corazón de posadero empeder-



nido, y el huésped tiene que comer la tortilla ó suicidarse.

Pueden ustedes calcular cuánto habrá sufrido el escribano en los seis veranos seguidos que lleva de huésped estival.

Una noche entró en el Casino triste y ojoso.

—¿Qué te pasa, Tiburcito?—le pregunté con

la familiaridad que se ha establecido entre ambos.

—Que me ha pegado el fondista—me contestó tristemente.

—¿Por qué?

—Porque no quise hacerme solidario de la frescura de un besugo. Dije que estaba pasado y el fondista me pegó en la cabeza con un plato sopero.

*
* *

No todos los fondistas portugueses son así. Este peca de absorbente y avasallador, y en cambio otros se pasan de cariñosos, como don Joao, el dueño del hotel *da Longanimidade*.

Mientras los huéspedes comen, él se sitúa en una de las cabeceras de la mesa y principia á darles sanos consejos.

—Don Melitón, póngase usted más salsa que es muy digestiva.—D. Eleuterio, no se sirva usted tanta merluza, que es muy ardiente.—Doña Encarnación, límpiense usted la nariz que se la ha manchado usted de tomate y se le va á escocer.

Á lo mejor nota que un huésped abusa del

pollo asado, y D. Joao, dirigiéndose al camarero le dice:

—Martinho, quítele usted el pollo á D. Melitón, que va á acabar con él y le puede hacer daño.

Otras veces se dirige á uno de sus pupilos y le aconseja que coma más pan, pues no parece bien que se dedique á la carne exclusivamente.

En fin, es un gran fondista D. Joao, sobre todo para los huéspedes que están desganados.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO